

**“CUANDO EL CORAZÓN
DESPIERTA”**



LOLA P. NIEVA

1

—¡¡¡¡¡Nooooooooooooooooooooo.....no....no me dejes!!!!

El desgarrado grito quebró su pecho y rasgó su alma. Aquello que abrazaba, ese cuerpo flojo y pálido, tan solo era su hermosa envoltura. Ella ya no estaba junto a él. Y ese convencimiento lo sumió en la más implacable de las agonías, en un denso y sofocante océano de dolor, en un abismo palpitante y opresivo que tiraba de él a un mundo oscuro y desolado. Y aún así, nada ni nadie conseguiría que soltará su cuerpo. No, no soltaría lo único tangible que lo anclaba a la cordura, por mucho que el dolor lo asolará en incesantes cuchilladas hasta desangrarlo. No la soltaría.

Frente a él, su madre.

Eyra, la esclava que siempre veló por él, la que siempre estuvo a su lado, la que curó tantas veces sus heridas, con ungüentos y consejos, con miradas tiernas y sonrisas comprensivas. Y por algún motivo, cuando terminó de leer la misiva que recibió de ella, cuando las lágrimas dejaron de caer sobre el amarillento pergamino, cuando su corazón dejó de agitarse constreñido por una emoción añeja. Supo, que aquella revelación se hallaba escondida muy dentro de él, mostrándose constantemente en aquella intensa conexión que siempre los

había unido, en el cariño que había despertado en él desde muy niño. Pensó en la tragedia de aquella mujer sufrida y en el infortunio que todavía la perseguía. Pues aquel que tenía frente a sí, ya no era su hijo. Su hijo había partido con ella, con Freya, con su gran amor.

Gunnar alzó apenas la anegada mirada hacia su madre, la contempló un instante hasta que otra punzada de dolor lo sacudió. Entonces, sollozó roto y desesperado. Inclino la cabeza y se dejó arrastrar por la ira, por los lamentos y por la pérdida de todo cuánto tenía sentido para él.

Aulló a la luna hasta que su voz se rasgó. Lloró hasta que sus ojos se secaron, sufrió hasta que su corazón se desangró. Y luego miró suplicante a su madre, rogándole el único alivio que lo soliviantaría, la única salida que le permitiría volver a encontrarla. Porque la encontraría, no albergaba la más mínima duda. No importaba los mundos que tuviera que atravesar, los dioses a los que se debería de enfrentar ni el tiempo que transcurriera. Nada importaba, solo el fin, tener a su Freya de nuevo entre sus brazos.

Eyra se inclinó hacia él y le ofreció un odre.

Nada dijo, aunque en el infinito dolor de sus ojos leyó con claridad todo el amor que le profesaba. Gunnar alzó una mano y la deslizó con infinita delicadeza por la ajada mejilla de su madre, regalándole una mirada tierna y agradecida.

—Madre.

Aquella única palabra cerró los ojos de Eyra en un infructuoso intento por contener el torrente de lágrimas que prendía su mirada. Sus estrechos hombros se sacudieron.

—Hijo.

Se contemplaron de nuevo, viéndose realmente por primera vez. Eyra acarició su cabeza y asintió queda, mostrando en su semblante un torbellino de emociones encontradas.

Gunnar deslizó la mirada al rostro de Freya, parecía dormida, sumida en un sueño dulce que vestía sus facciones de un halo mágico, cómo rodeada por un aura hipnótica y luminosa. Posó una mano en el abultado vientre de ella, y se imaginó a los tres caminando juntos en un mundo nuevo.

Y entonces bebió.

2

Abrió de golpe los ojos y se incorporó violentamente de la cama.

El despertador marcaba las 3:00 AM, siempre la misma hora, desde que empezaron sus pesadillas hacía ya tantos años.

No había sido fácil.

Nada había sido fácil desde que se topó con aquel lobo negro a los nueve años, cuando pescaba con su padre. Aquella primera visión que lo asaltó en plena noche, aquellos ojos dorados que lo atormentaban sin cesar, a punto estuvieron de hacerle perder el juicio.

Creció con ellos en la mente, y cada noche, sus visiones se ampliaban, formando con preciso detalle, cuál fue su vida en aquel siglo, y cuál era su misión en este. Ella, su Freya. Había renacido por una sola causa, y esa causa tenía nombre. Y cada cosa que hizo, cada paso que dio desde entonces tenía un único objetivo, encontrarla y poder ofrecerle la vida que tan cruelmente les fue arrebatada.

Sus padres murieron en un accidente de tráfico cuando él acababa de cumplir los 16 años. Y tal como entonces, se quedó solo, a merced de su ingenio, su fortaleza y su tesón. Heredó la granja, trabajando sin descanso al tiempo que

estudiaba en la Universidad, pero nada le importaba, ni los amigos, ni las chicas, ni las fiestas, nada. Aquella situación ya la había vivido antes. Era un viejo de 16 años, con una experiencia forjada en otro siglo, uno muy cruento.

La imaginaba entre sus brazos, evocaba los momentos vividos junto a ella. Todas las veces que la había besado, que la había poseído, la mayoría de ellas, con el fiero ímpetu de un animal salvaje y su cuerpo y alma se rebelaban acometidas por un hambre dolorosa.

Recordaba tan vívidamente la primera vez que la vio correr en aquella lejana Sevilla, tan hermosa que cortaba el aliento, tan aguerrida que secaba la garganta, tan apasionada que encogía las entrañas. Todo su ser se removió ante aquella esplendorosa mujer, supo en el acto que era su lobo, su destino augurado por los dioses.

Cuando cumplió la mayoría de edad, decidió empezar con la búsqueda. Tenía dinero suficiente, había aprendido varios idiomas, especialmente el castellano y para ser completamente francos, no podía aguantar más.

Así, con la esperanza como estandarte y el amor como equipaje, partió en su busca.

Y después de interminables viajes en los que la desesperanza casi lo había aniquilado, tras largos y e infructuosos años, la había encontrado.

Todavía se le escapaba el aliento cuando recordaba la primera vez que la vio salir de la catedral de Toledo de la mano de otro hombre.

Él paseaba como siempre, observando con interés a todas las mujeres jóvenes que le pudieran recordar a ella. Buscándola en cada rostro, en cada mirada, sin tener ninguna constancia de cómo sería. Pero por algún motivo sospechaba que sus ojos la delatarían. Los dorados ojos que lo atormentaban cada día. Y así fue.

El sol caía oblicuó a aquella hora de la tarde, tiñendo de oro viejo la piedra de los muros de aquella esplendorosa construcción. Las laberínticas callejuelas de la ciudad, donde se respiraba el medievo en cada trecho, todavía seguían atestadas de turistas que admiraban maravillados a su alrededor, la magia de aquella ciudad plagada de historia y cultura. Caminaba con paso distraído, las manos en los bolsillo y mirada atenta, cuando una pareja emergió de los grandes portalones de madera oscura, riéndose cómplices.

Aquella risa femenina llamó su atención en el acto frenando sus pasos en seco. Cuando dirigió la mirada hacia la verja que delimitaba el acceso a la Catedral, su corazón se detuvo.

Un tibio haz solar incidió en la mirada de la mujer, resaltando el refulgente ámbar de sus ojos. La mujer miró al

frente todavía sonriente por los susurros de su acompañante, que la aferraba cariñoso por la cintura.

El aire escapó de sus pulmones, y su corazón galopó desenfrenado. Una suave y templada brisa ondeó el largo cabello oscuro de la mujer, acariciando un hermoso rostro que apenas había cambiado con los siglos.

Y sintió un alivio tan grande, una dicha tan inmensa que sus rodillas flaquearon y el corazón le reventó en el pecho. Tenía ganas de reír y de llorar al mismo tiempo, pero lo que dominó su primer impulso fue correr hacia ella, arrancarla de los brazos de ese hombre, echársela a su hombro y huir cómo hizo ya siglos atrás.

Le costó estrangular aquel impulso, le costó seguirlos por las angostas callejuelas, le costó estar tan cerca y no poder tocarla, pero lo que más esfuerzo invirtió fue en contener las ganas de separar las manos de aquel hombre de ella.

Aquella noche no durmió. Aquella noche la imaginó a su lado, aquella noche la amó en su mente, la gozó en su cuerpo, la tomó como suya, como tantas otras noches. En su vida no había otras mujeres, y aunque muy eventualmente se permitió tener relaciones sexuales con otras, en su mente siempre eran con ella, y ni así conseguía sacarse de encima el enorme y frío vacío que lo embargaba.

Aquella noche trazó su plan.

El corazón de su Freya continuaba dormido, él se encargaría de despertarlo.

Sin embargo, no imaginaba lo duro que sería la espera.

Dejó una réplica del anillo, de su morgingjölf, en el buzón de su casa, rezando porque los recuerdos prendieran en ella con la llama del conocimiento.

Y así fue, aunque demasiado lentamente, la mirada de ella comenzó a cambiar. De todas las cosas que lo acuciaban diariamente con romper su férreo autocontrol, la mirada desolada que mostró ella cuando salió de la consulta de aquel psiquiatra, a punto estuvo de hacerlo correr a su encuentro y estrecharla entre sus brazos.

Pero tuvo miedo. Miedo al rechazo, a la negación, a la confusión, y a que huyera de él. Y esta vez, no quería imponerse, deseaba que esta vez fuera ella la que lo buscara, quería que creciera un anhelo tan grande en ella que cuando lo tuviera enfrente se abalanzara sobre él, como así ocurría en sus sueños.

Y aquello, fue de lejos lo más duro que jamás había hecho, esperarla.

Tras enviarle la carta, la había seguido de cerca, veía a su Freya en cada gesto, en la intensidad de su mirada, en la plenitud de sus labios, en la regia belleza de su rostro apasionado. Y a cada minuto, sus defensas temblaban en cada impacto.

Veía cómo los hombres la miraban con deseo, pues de ella, tal y como fue en otro siglo, seguía rezumando la misma sensualidad salvaje que entonces. Una sensualidad que lo golpeaba con tal virulencia que el deseo que crepitaba en él, lo enloquecía por mucho que lo liberara él mismo, en la desesperante soledad de las noches.

Nada colmaba ya sus ganas de poseerla, la impaciencia lo consumía como una lengua de fuego lamiendo hambrienta una rama seca. Y él ardía, ardía teniéndola tan cerca y tan lejos a un tiempo.

En aquella estación de tren, cuando aquellos dos tipos la ayudaron a ella a su amiga con las maletas, sintió una punzada de celos tan aguda ante el evidente interés de uno de ellos, que a punto estuvo de cruzar el andén y golpearlo. No fue difícil adivinar la intensidad de su malestar, los rasgos árabes del hombre trajeron a otro similar a su memoria. Y el odio tan visceral que creyó olvidado, resurgió con fuerza, como resurgían tantas otras cosas.

Sus celos, la posesividad que ella despertaba en él, resquebrajaron su autocontrol en otra estación, la de Oslo. No sabe bien qué lo incitó a intervenir, solo se guió por un vehemente impulso que nació de su interior. Calado con un sombrero de ala ancha, una gabardina con el cuello alzado protegiendo su anonimato, arremetió cómo un búfalo contra el hombre alto que la incordiaba. Y luego huyó con el corazón

golpeteando en su pecho ante la subyugante cercanía de la mujer que le robaba el sueño. Percibir sus hermosos ojos dorados puestos en él, fue todo un terremoto en sus sentidos, que se sacudieron amenazando la ya escasa paciencia de la que disponía.

Entonces supo que debía alejarse.

3

Y se dirigió a su hogar, al hogar que había construido para ella. En cada uno de los maderos de aquella casa al borde del acantilado, había plasmado su esperanza, había liberado su frustración, había forjado su deseo, y la había sellado con el amor que brotaba de él con la fuerza de un geiser.

Cuando aquella mañana, en que la inquietud bullía en sus venas, como si las tuviera repletas de insectos en lugar de sangre, decidió cortar leña para desfogar la irritación en que se había convertido aquella agonizante espera. Sólo llevaba unos desteñidos vaqueros de cintura baja y unas botas de montaña. A pesar de que la temperatura comenzaba a bajar, un núcleo de calor sofocante crecía en él, pensando en que estaba a punto de reencontrarse por fin con ella.

Aferraba con fuerza el mango del hacha, descargándolo con energía y precisión sobre la profunda hendidura que avasallaba la rugosa superficie del tronco. Tan concentrado estaba en su tarea que no la oyó llegar.

—¿Gunnar?

Esa voz... removi6 hasta la m6s 6nfima y rec6ndita fibra de su ser.

Llen6 sus pulmones de aire, rogando sofocar los escalofr6os que ondulaban cada terminaci6n nerviosa, intent6 apaciguar su alocado pulso, luch6 por encontrar una brizna de firmeza en sus renqueantes rodillas. E incapaz de controlar las dispares emociones que lo zarandeaban se gir6 hacia ella.

Su garganta se sec6 mientras aquella mirada de oro lo escrutaba con tan emotiva intensidad. Se tens6 en el acto, todos sus miedos acudieron insidiosos.

Un pensamiento apart6 a los dem6s a empellones: No la dejar6 escapar, si ten6a que volver a seducirla por los dioses que lo har6a, si ten6a que enamorarla desde el principio, nada se lo impedir6a, y ah6, de pie, frente a la mujer que hab6a perseguido a trav6s de los tiempos, descubri6 que el Gunnar que fue, hab6a regresado en todo su esplendor...

Suya, pens6, de nadie m6s.

Suya hasta el fin de los tiempos, suya por toda la eternidad. Recorri6 con la mirada el cuerpo de la mujer, permitiendo que el incendi6 que arrasaba sus sentidos se

descontrolara al fin. Dio un paso hacía ella y se detuvo, las ganas de devorar su boca apenas le dejaban pensar en nada más, pero tenía que ser ella la que lo tomara como suyo.

Contuvo el aliento esperando impaciente su reacción.

—¿Debo preocuparme?—logró musitar.

Ella sonrió entre lágrimas, en aquel preciso momento supo que no, que no había ya nada de lo que preocuparse. La había encontrado, a ella, y al sentido de su vida.

Avanzó de nuevo, con una enorme sonrisa prendida en los labios. El amor reventaba su pecho.

Suya, de nadie más.....

Juntos al fin.

FIN